

«EL AÑO DE LOS ALPES SUIZOS»

Zermatt es la segunda ciudad montañera del mundo

POR JUAN MARIA FELIU

En los Alpes se pueden esperar de todas las cosas. La más normal y también la más temida, es el tiempo. Tanto los temporales del sur como los nortños, son terribles en estas altas zonas montañosas suizas. Todo hay que prever en las salidas alpinas, en el que el factor tiempo, hace que la excursión sea un éxito o un triste fracaso.

En esta ocasión hemos sido menos afortunados que en el año pasado. Un fuerte temporal del norte cubre extensiones de nuestro continente. En las cumbres, de más de 2.500 metros del macizo alpino, nieva con fuerza.

Nuestra llegada a Zermatt, segundo lugar de fama mundial en cuanto se relaciona a la cita montañera, después de Chamonix, es triste, y bajo una lluvia impertinente que arriba era nieve.

Zermatt, el Valais y Suiza entera, está engalanada con aires de fiesta. Atracciones de gran turismo, folklóricas, y sobre todo en el aspecto de la montaña con películas, libros y todo tipo de propaganda, hace que todo visitante de Suiza no olvide en que nos encontramos en el esperado «Año de los Alpes».

El presente año es muy festejado en Suiza, pues se conmemora en estas fechas jubilosamente el primer centenario de la memorable y trágica primera ascensión al Cervino o Materhorn, resultado de la tenacidad del escalador inglés Edward Whymper. Y con esta cumbre de tanta fama y prestigio, que se burló, ayudada del temporal de muchos como nosotros que deseábamos ganarla, se desea recordar las restantes cimas del macizo alpino y sus esclarecidos conquistadores, junto con los escritores que posteriormente, con sus obras dieron pie a la literatura de alta montaña.

También este año señala otro centenario en los primeros visitantes que acudieron en invierno a los Alpes, para buscar curación a sus dolencias en la Engandina (St. Moritz), si bien entonces estaban muy lejos de pensar que su exilio en las nieves alpinas sería festejado cien años después, como primer paso a los presentes deportes invernales.

Nosotros, un poco confusos con el tiempo, nos quedamos en Zermatt, en medio del bullicio y el turismo, en vez de lanzarnos hacia las altas rutas del silencio de los hielos.

«Ir hacia arriba es un suicidio» —nos dice la dueña del hotel donde nos albergamos. Y sin contestarle sigue: «Arriba nieva y el Materhorn (el Cervino) está imposible para muchos días. Hay mucha nieve».

Aún más confusos, nos esforzamos en resignarnos ante esta amarga noticia. Nosotros no podremos esperar mucho y tenemos que pensar en algo. Lo mejor es esperar a mañana.

El hotel donde nos encontramos, está lleno de montañeros de las más variadas procedencias. Nuestra habitación la compartimos con dos conocidos alpinistas del imperio del Sol Naciente. Estos, como la gran parte de los montañeros visitantes de Zermatt, esperan también una ocasión para ascender al terrible Materhorn en sus fechas centenarias.

Al día siguiente, al otro lado de la calle principal, pasando un muro de piedra donde los guías sin ocupación, esperan y charlan en el «Alliser Deutsch» —dialecto valés alemán— de esta provincia limítrofe, se baja por un inclinado camino de buen asfalto, al cementerio. El tiempo tristón nos hace aún más patética la visita al viejo cementerio. Descarnados abetos bordean los senderos de grava. Inscripciones en francés, alemán, inglés, checo, ruso y escandinavo, señalan los sitios donde descansan los desgraciados montañeros. Michel Croz, uno de los vencedores del Materhorn o Cervino, descansa bajo una losa cuya inscripción, en francés, es apenas legible: «Un hombre valiente y un devoto amigo», dice. Croz, un guía, conducía el descenso de la partida a Whympfer desde la cima, cuando la cuerda se rompió.

Whympfer sobrevivió junto con dos guías suizos y murió de muerte natural. Hoy, el cementerio, aunque espacioso, ha agotado casi el espacio reservado a los montañeros, a los que les está adjudicada una cuarta parte. El pueblo, que naturalmente mira a su camposanto como un sitio de oración, está algo desconcertado al observar que los turistas lo consideran como un atractivo más.

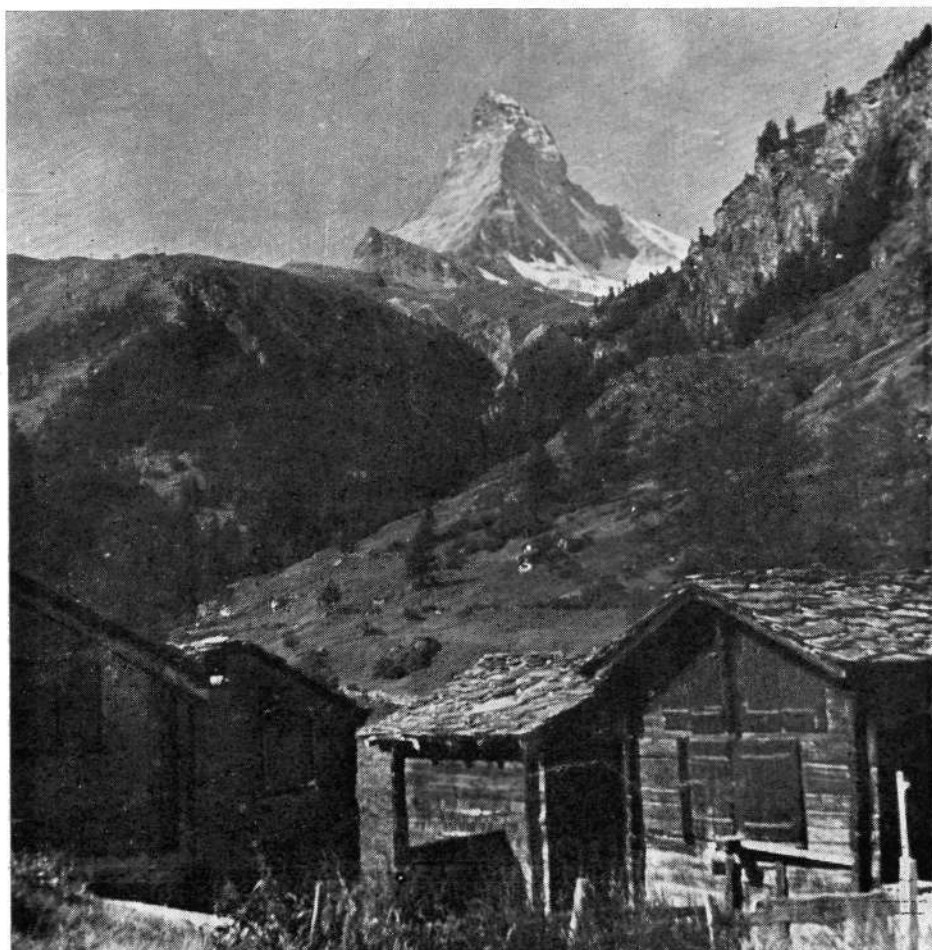
El negocio hotelero proporciona a Zermatt su principal fuente de ingresos y también su más notable paradoja. En Zermatt, según nos enteramos por medio de la oficina de información, hay más de 77 hoteles, en una población nativa de 1.450 habitantes. Todo el mundo, desde el más joven al más anciano, vive de la montaña, especialmente del sin par Materhorn. Unos con el negocio hostelero, otros tiendas de deportes de la montaña, recuerdos, teleféricos, refugios, etc., en fin, una verdadera organización al servicio de la limpia de los bolsillos que suele motivar una rápida vuelta a casa.

Recorriendo la calle principal hacia abajo, después de nuestra visita al cementerio, entramos de nuevo al mundo del bullicio y la algarabía. Más allá del jardín del Hotel Monte Rosa donde una orquesta de cuerda toca suaves melodías, llegamos al famoso Museo Alpino, engalanado con efusiva propaganda. El amable portero nos invita a pasar gratis, por ser miembros «Guides» de nuestro país.

Dentro vemos las principales reliquias de todos los grandes desastres del Matterhorn. La gente recorre sus limpiísimas habitaciones, de puntillas, asombradas por cuanto ven. El portero, de cabellos grises, habla en voz baja, cuando muestra las piezas más famosas.

Algo impresionados salimos de este extraño lugar de trágicos recuerdos, y una vez más, cambiamos de ambiente, perdiéndonos entre la masa turista y montañera. La tarde avanza y retornamos al hotel para hacer descansar a nuestros cuerpos.

Mañana veremos cómo amanece, y pronto nos sumimos en el sueño de los recuerdos.



El Cervino desde las inmediaciones de Zermatt.

(Foto J. San Martín)